

## COSITAS ANTIGUAS

# Los Cafés al Aire Libre

Iniciábase ya ostensiblemente una severa hostilidad contra el régimen de Machado, cuando Don Gabriel Camps, viejo hombre de mundo y por cierto, amigo sincero del General, lanzó la idea de establecer en La Habana, igual que se acostumbra en muchas ciudades europeas que él visitaba frecuentemente, los cafés al aire libre.

Nuestra capital tenía la ventaja para dicha innovación de la consistencia del clima tropical que permite mantener durante todo el año tales establecimientos al aire libre, sin eufemismos de ningún género. De este privilegio no pueden disfrutar esas destacadas urbes en las cuales dichos cafés tienen que situarse dentro de los límites de una vidriera que se cierra totalmente, apenas los frescos otoñales hacen su aparición.

Claro es que la proposición de Don Gabriel Camps, como todo lo que significa desarraigar viejas costumbres, máxime en aquel ambiente aldeano de La Habana de entonces, tropezó con alguna oposición, pero poco a poco la idea se fué abriendo paso, contribuyendo a ello en no menor esfuerzo, el entusiasmo del desaparecido industrial, Don Julio Blanco Herrera que siempre se hallaba dispuesto a ofrecerle a su ciudad natal un sello de adelanto y progreso.

Fue la empuñadura que regenteaba Don Julio la que ofreció gratuitamente los principales muebles y enseres a fin de inaugurar ese primer café al aire libre en la esquina del viejo teatro "Payret", con la anuencia desde luego del administrador de dicho edificio, nuestro fraterno amigo Pemberton.

Y el novedoso establecimiento fue abierto más que él público, a la expectación del público que paseaba por aquellos alrededores en las últimas horas de la tarde y primeras de la noche, observando con cierta extrañeza a sus ex-céntricos parroquianos, en su mayoría hombres maduros que conocían en algún modo semejante costumbre europea.

X X X

La oposición contra la dictadura machadista

Por  
Carlos Robreño

ta arreciaba por días, cuando una tarde, a la caída del sol, se detuvo inesperadamente junto a la acera donde se hallaba instalado aquel café al aire libre, el cual animaba con su conversación fluida su propio iniciador Don Gabriel Camps, un modesto automóvil de alquiler. De él se bajó un señor ya entrado en años, de fuerte complexión, con la cabeza blanca en canas, tan blanca como el fino dril de su atuendo. Completaban su aspecto unos espejuelos de anchos aros de carey.

El inesperado visitante se acercó a las mesas y dirigiéndose a Don Gabriel, le expresa en tono amable:

—Señores: como dicen que nadie me quiere, vengo a ver si ustedes, por lo menos me rechazan.

Quien así hablaba era nada menos que el propio Gerardo Machado, que tenía tras de sí la hostilidad de toda una ciudadanía, pero que en una escapada furtiva se arriesgó a realizar esa pequeña incursión a un lugar público, aunque por supuesto, nunca más se repitió.

X X X

Otra noche, en los primeros meses de 1933, uno de los jóvenes conturbillos de aquel pintoresco lugar fue interrumpido en su amena charla por un compañero acabado de llegar, que poniéndole la mano en el hombro lo invi-

tó a levantarse de su asiento para confiarle amigablemente un secreto. Rapidamente al recién llegado marchóse y el joven volvió a su asiento.

Poco después de la medianoche, el grupo se dispersó, pero a la mañana siguiente el cuerpo de aquel joven asiduo a dichas tertulias, apareció en un reparto, acribillado a balazos. Tal fue el fin trágico del estudiante Carlos Manuel Fuertes Blandino, señalado mediante aquella palmadita en el hombro, por un traidor a quien creía su compañero. La Revolución, mas tarde, en uno de sus pasajes más dramáticos, sancionó aquella conducta artera.

X X X

El éxito de aquel primer aire libre embulló a los propietarios de todos demás cafés abiertos junto a la amplia acera a través de las dos cuadras de Prado, desde la esquina de San José hasta la de Dragones, frente al Capitolio.

El Hotel "Pasaje" inauguró uno con una aconchada orquesta e igual hizo "El Dorado" que rivalizaba musicalmente con su vecino. En la esquina de "El Saratoga", bajo una vistosa marquesina se levantó una plataforma para ofrecer variados shows y hemos dejado para citar últimamente, el "aire libre" del café "El Capitolio", al lado del teatro "Martí", tan lleno de añoranzas para nosotros. Si el romántico café "Momus", que conociera de los amores sentimentales de Rodolfo y Mimí y de los delirios literarios artísticos de toda aquella bohemia del Barrio parisense pudo ser fuente de inspiración para las páginas emotivas de Murger, aquellas tertulias capitalinas que se extendían hasta el alba, en muchas ocasiones, amenizadas por gentes de la escena, del periodismo o simplemente de espíritu inquieto pueden ser tema en su día para hablarnos de una Habana noctambula que va desapareciendo lentamente como lo demuestra el silencio en que se van sepultando esos aires libre que otrora fueran sitios de alegre diversión de expansiones espirituales, mientras el cornetín de la femenina orquesta "Anacaona" hacía resonar:

¿Como tu te llamas? "Masabí".